

Tétrada Oscura

Capítulo N° 2

Enemigo oculto

— ¿En qué estabas pensando cuando aceptaste esta asignación? —preguntó el camarógrafo tirado en el suelo, afirmando con una mano la cámara y con la otra el casco, mientras las balas pasaban peligrosamente cerca.

—Alguien tenía que reportear este golpe de estado —respondió Cristina también en el suelo con su micrófono en una mano—. Además, ya me tenían aburrida los reportajes huecos de los ricos.

...

—Aquí Cristina Ramírez, transmitiendo directamente desde las cercanías del palacio de gobierno de la República Badalika —hablaba casi gritando la reportera para hacerse oír en medio de los disparos y detonaciones—. Las fuerzas leales al gobierno no aceptaron el ofrecimiento de los rebeldes de traicionar al presidente y están oponiendo una fuerte defensa del palacio.

A toda marcha un tanque perteneciente a la fracción rebelde del ejército, enfiló contra la puerta principal del palacio, pero otro tanque de iguales características, de las fuerzas leales, le salió al paso apuntando su cañón contra la otra unidad.

—No te pierdas ni una toma —dijo Cristina a su compañero ante el inminente choque de los dos titanes.

Tal vez por error, tal vez por no desear lastimar a quienes fueran sus compañeros de armas, el artillero del tanque defensor descargó su proyectil contra las orugas del agresor, dejándolo completamente inmobilizado. Sin embargo, ninguno de los tripulantes esperaba tal respuesta; girando su torre el tanque rebelde disparó dos veces contra la torreta de combate del otro blindado, haciéndolo estallar en medio de una gran bola de fuego. Cuando el vehículo enemigo giraba su cañón contra el palacio de gobierno, reventó entre llamas y metal quebrado, cuando el proyectil lanzado desde un avión leal cruzó sobre el campo de batalla.

—Con esto ya tengo asegurado el Premio Pulitzer —decía el camarógrafo, que se había puesto imprudentemente de pie, dejándose llevar por la emoción y la adrenalina que inundaba su sangre.

— ¡Agáchate! —gritó Cristina, golpeándole las piernas desde el suelo con una de las suyas, haciéndolo caer de espalda justo cuando una bala pasó rozándolo.

—Casi te tengo que llevar en una bolsa plástica —lo recriminó ella.

Cristina no alcanzó a terminar de hablar cuando inesperadamente la interrumpió su teléfono celular.

—Hola, hermano; tanto tiempo sin saber de ti. ¿Podríamos comunicarnos más tarde?, hay algo de bulla aquí y no te escucho muy bien —lo saludó ella mientras se oía la explosión de una granada.

Después de unas cuantas horas más de un intercambio incesante de disparos, las fuerzas golpistas fueron derrotadas por las leales al gobierno y sus cabecillas fueron fusilados sin juicio alguno, frente a los distintos representantes de la prensa internacional, para dar un ejemplo a todos.

...

Temprano al otro día, Cristina y su camarógrafo regresaban cómodamente a bordo de un avión, dejando atrás el convulsionado escenario del día anterior. Para adelantar un poco de trabajo, la reportera sacó su computador portátil; lo primero que le llamó la atención fue ver un correo electrónico marcado como urgente, enviado por su hermano, a quien hace años no veía.

Como lo supuso Cristina, el mensaje era totalmente ilógico a primera vista; Diego lo había codificado como lo hacían cuando eran jóvenes y querían mandarse mensajes sin que sus padres se enterasen. Sin ninguna dificultad pudo descifrarlo y enterarse de su contenido, lo cual aceleró su pulso inmediatamente.

— “Cazadores furtivos. Manada en peligro. Ayúdanos”.

Alguien los había localizado e identificado. Debía moverse lo más posible y alterar su rutina para hacer que quienes la cazaban perdieran el rastro. Por otro lado, era necesario que buscara e intentara salvar a los miembros de la manada que hubiesen sobrevivido.

Diego estaría protegiendo, supuso, a su esposa y a sus dos hijos; de su padre y su madre no tenía noticias.

La situación era extraña y complicada. Seguramente en cuanto bajaran del avión la seguirían.

— ¿Todo bien? —preguntó el camarógrafo al ver la cara de preocupación de Cristina.

—Es mi hermano, que sufrió un accidente y debo ir a verlo —mintió la reportera.

— ¿Vas a ir mañana? —quiso saber su compañero.

—No. Voy a ir apenas aterricemos —contestó ella.

—No puedo ir al departamento —pensó para sí la joven—. Seguramente me estarán esperando.

— ¿Quién podría saber de nosotros? —se preguntaba Cristina—. Debo encontrar a la manada.

Por primera vez en muchos años se sentía sola y desamparada, pero a pesar de eso sabía que solo ella podría ayudar a los suyos.

Cuando niña su abuela le había contado la historia de un grupo de cazadores que cada cierto tiempo los perseguía, pero siempre lo tomó como un cuento para niños igual que el del cuco o algo así, hasta ahora...

...

Ya en el aeropuerto Cristina subió en uno de los muchos taxis que había ahí esperando pasajeros. Inmediatamente apagó su teléfono celular y lo tiró por la ventanilla. Después de hacer dar unas cuantas vueltas al taxista, descendió del vehículo e hizo parar otro. Esa maniobra la repitió varias veces y se dirigió a pie a un hotel de cuarta categoría para pensar que hacer.

Después de meditarlo un rato, decidida se puso de pie; sabía que no había tiempo que perder. Pidió un taxi a la recepcionista del hotel y al salir le pasó varios billetes para que olvidara que ella había estado ahí, si es que alguien preguntaba.

Después de dirigirse al otro lado de la ciudad, descendió del vehículo y toda vestida de negro, como si de una ladrona de las que salen en las películas se tratase, recorrió a pie las pocas cuadras que la separaban de la casa de sus padres.

Las luces estaban apagadas pero la puerta principal estaba entreabierta. Desconfiada dio la vuelta a la manzana y saltó la pandereta que separaba a la casa de los vecinos.

Sigilosamente como era su costumbre, se acercó a la ventana de su antigua habitación y con un leve empujón hacia abajo y al lado, la deslizó suavemente.

—Por suerte aun no arreglan esta ventana —pensó.

Sin hacer ningún ruido, furtivamente como un animal cazando, recorrió toda la vivienda sin encontrar a nadie en ella. Tanto el living como la cocina se hallaban totalmente desordenados, con distintos objetos rotos y desparramados en el suelo; los signos de que había habido una pelea ahí eran bastante claros y evidentes. Unas cuantas manchas de sangre indicaban que sus padres se habían defendido con fuerza; sin embargo, no se encontraban por ningún lado.

Cristina revisó detenidamente la habitación, en busca de alguna posible pista que le indicase la suerte corrida por sus padres. Clavado en el brazo de un sillón halló un pequeño dardo con un olor picante; al olerlo la nariz le ardió, pero albergó la esperanza de que ellos aún se encontrasen con vida.

Una pequeña estatua de metal presentaba una raspadura y abolladura, como si algo hubiese rebotado en ella. Forzando al máximo su vista recorrió con ella el living, hasta que, incrustada en un mueble encontró una bala. Valiéndose de un cuchillo logró sacarla.

Un intenso dolor recorrió su mano derecha al momento de tomar el proyectil para guardarlo.

— ¡Aahh! —se quejó viendo su piel lastimada—. Es plata.

Fue obvio para la joven que quienes habían capturado a sus padres sabían perfectamente cuál era su naturaleza verdadera y a qué se enfrentaban; sin embargo, no fueron lo suficientemente precavidos como para ocultar su olor.

Tan sigilosamente como había entrado, Cristina dejó la abandonada propiedad. En su cerebro se había grabado el olor de los captores y los seguiría sin que nada lo pudiese impedir.

Dejó de pensar, dejó que su instinto la guiase; su cerebro le indicaba hacia dónde dirigirse. Sin percatarse llegó hasta la casa de su hermano.

Los cazadores habían pasado ya por ahí. El interior de la casa estaba tan revuelto y estropeado como la de sus padres. Libros tirados, muebles volcados, objetos rotos y manchas de sangre. La familia había dado una feroz pelea, pero ya no estaban. El aire se sentía picante por la cantidad de dardos tranquilizadores disparados.

Sobre una puerta una mancha de sangre y unas garras marcadas en la madera indicaban que se habían transformado para defenderse, pero que aun así no pudieron impedir ser capturados.

Cristina tomó consciencia plena de que el destino de su familia, de su manada, estaba en sus manos. Necesitaba respuestas y sabía dónde conseguirlas.

Lenta y silenciosamente se acercó hasta el edificio donde estaba su departamento. Confiaba en que estarían esperando que entrase por la puerta, por lo que se deslizó por el callejón que quedaba a un lado y trepó silenciosamente por la escalera de incendios. Sus sospechas eran correctas; su agudo sentido del olfato le indicó que había intrusos en su hogar. Cuatro hombres la estaban esperando con la luz apagada, uno en la cocina, dos en el living y el cuarto en el dormitorio, aguardaban a que su presa entrase para poder capturarla, viva si era posible.

Tapándole con una mano la boca al tipo que estaba en la habitación, le giró rápidamente la cabeza rompiéndole el cuello, sin que alcanzase a dar la voz de alarma.

— ¡García! —llamó uno de los hombres que estaban en el living.

— ¡García!, te estoy llamando —insistió.

En vista de que el hombre que estaba en la habitación no contestaba, los que estaban en el living se miraron en silencio y desenfundaron sus armas. De una patada uno abrió la puerta, apuntando al interior, mientras el otro lo cubría. Su compañero yacía tirado sin vida con el cuello roto; antes de que pudiese reaccionar, Cristina, que se había ocultado tras la puerta, lo tomó del cuello por detrás; girando violentamente sus manos sintió como se partían los huesos de la nuca de su víctima.

Al ver a su socio caer, el otro hombre disparó dos veces; sin embargo, los reflejos de Cristina eran tan rápidos que logró esquivar las balas y a la vez sujetar el brazo de su agresor y desarmarlo. Sin soltar a su presa, con el otro brazo atrapó el cuello de su atacante y giró velozmente con él, a consecuencia de lo cual lo desnucó limpiamente. Ante el alboroto, el hombre que estaba en la cocina, disparó varias veces. Con el cuerpo del tercer hombre aun en sus manos, Cristina se protegió de las balas, como si se tratase de un escudo.

Tomando una de las pistolas en el suelo, la joven disparó contra él hiriéndolo en un brazo, con lo que pudo desarmarlo. Sin perder tiempo se abalanzó sobre él y lo derribó, sujetándolo del cuello.

—Dime dónde está mi familia y te prometo que te daré una muerte rápida y sin dolor —exigió amenazante la mujer.

—No te tengo miedo, monstruo —contestó valientemente el hombre.

—Si no hablas romperé todos tus huesos antes de matarte —dijo Cristina quebrándole una mano al tipo, en medio de un grito de dolor de éste.

—Pierdes tu tiempo, no hablaré y tú familia también morirá —respondió él.

—Si no me dices lo que quiero escuchar te devoraré lentamente mientras estás con vida —dijo Cristina mientras sus ojos se volvían dorados—. Sabes lo que soy y sabes qué puedo hacerlo.

La piel de ella comenzó a cubrirse de un sedoso pelaje negro. Abriendo mucho los ojos el hombre rogó por su vida, dominado por el pánico que había reemplazado a su anterior valor, el que se había esfumado ante la vista de las fauces en que se comenzaba a transformar la fina boca de la mujer.

— ¡Por favor espera!, te lo contaré todo, pero no me hagas daño —rogó el hombre.

Deteniendo su transformación, Cristina volvió a la normalidad.

— ¿Quiénes son y qué han hecho con mi familia? —preguntó ella.

—Somos una vieja orden que, durante siglos, ha estado cazando a los de tu clase —contestó él.

— ¿Por qué? —preguntó ella.

—Porque son una abominación ante los ojos de Dios —respondió el hombre, haciendo pensar que pertenecía a algún tipo de grupo religioso.

— ¿Qué han hecho con mi familia? —exigió saber Cristina.

—Están prisioneros en las afueras de la ciudad —respondió el asustado hombre—. Los estudiaremos para averiguar más de ustedes y cómo poder acabarlos a todos de una vez.

— ¿Dónde exactamente? —preguntó Cristina.

—No lo sé, he estado solo una vez ahí y me dormí todo el viaje —respondió el hombre—. No sé cómo llegar.

— ¡Mientes! —gritó Cristina quebrándole la otra mano.

—Juro que no lo sé —intentó defenderse él.

Cristina olfateó bien al hombre por todos lados.

—No importa, ya sé cómo llegar —dijo mientras le giraba la cabeza, dejándolo tirado.

...

El rastro dejado por los cazadores era muy claro para Cristina. Manteniendo un trote constante y rápido, amparada por las sombras de la noche, en pocas horas se encontró frente a lo que parecía ser una vieja faenadora de ganado. No sería muy fácil entrar, ya que el perímetro estaba monitoreado por cámaras de vigilancia y guardias armados patrullaban los alrededores.

Cuando las cámaras giraban, Cristina corrió agachada hasta una muralla y siguió avanzando pegada a ella, hasta colocarse a la espalda de un guardia, que antes de darse cuenta cayó con el cuello roto.

Dos guardias cerraban la entrada; como una fiera se lanzó sobre ellos, rompiéndole la espalda a uno con una de sus rodillas y el cuello al otro con sus manos. Su fuerza, sigilo y agilidad formaban una combinación letal.

Afortunadamente para ella, la iluminación no era muy buena; parecía ser más una instalación provisoria de campaña, que una base permanente. Caminando suavemente para no delatar su presencia, Cristina llegó hasta una celda en que estaban, en muy mal estado su padre y su madre.

— ¡Hija! —exclamó sorprendida la mujer afirmándose con dificultad en la reja de su celda.

—Debes salir de aquí —advirtió su padre—. Es una trampa.

Antes de que pudiera reaccionar, Cristina se vio inmovilizada por varias cuerdas que la sujetaban a la pared. Furiosa se transformó en forma casi instantánea rompiendo sus ataduras; el aire silbó cuando varios dardos tranquilizantes se clavaron en su cuerpo, dejándola rápidamente inconsciente.

Al despertarse sintió muchísimo dolor en sus muñecas y tobillos. Acostada en una camilla se dio cuenta de que estaba sujeta por esposas de plata, lo cual explicaba el dolor que sentía.

—Te estábamos esperando, monstruo —dijo un hombre con lentes y bata blanca—. Confieso que tú sola nos has dado más problemas que todo el resto de la manada junta.

—No crean que se saldrán con la suya, malditos maniáticos —respondió Cristina intentando transformarse.

Sus ojos se volvieron dorados un instante, pero inmediatamente retornaron a su color norma.

— ¿Sorprendida? —preguntó burlón el hombre—. Mientras tengas puestos los grilletes de plata no podrás convertirte en la bestia, demonio infernal.

—Voy a estudiar a las hembras primero —dijo el hombre tomando una sierra rotatoria, con la que se disponía a abrir el cráneo de Cristina—. Empezando por esta.

Cristina desesperada trataba de soltarse de sus amarras, pero éstas eran de ese terrible metal que la hería con cada roce.

—Lucha cuanto quieras, monstruo —dijo el hombre encendiendo su mortífera herramienta.

El tipo quedó inmóvil un momento, no alcanzando a acercarse a la camilla, desplomándose con una flecha ensartada en medio de la frente.

Una neblina negra se extendió por el techo, ante el contacto de la cual todas las cámaras de vigilancia comenzaron a humear.

Una corriente de aire rodeó la camilla y de a una las esposas de plata se quebraron.

—Ven, aléjate de la plata —dijo una joven.

— ¡Francine!, gracias —contestó Cristina al borde del desmayo.

— ¿Por qué no nos llamaste? —la reprendió la elfa oscura mientras mataba a un guardia con una flecha y arrojaba su puñal a otro.

—No pensé que les interesarían los problemas de mi pueblo —contestó con dificultad la loba.

—No nos interesan —respondió Mireya—. Pero tú eres nuestra compañera y lo que afecte a una afecta al grupo.

—Libera a tu familia mientras nosotras nos encargamos de estos locos —sugirió Ethiel.

—No puedo. Las rejas están hechas de una aleación de plata y no puedo tocarlas —explicó avergonzada Cristina.

—Yo me encargo —se ofreció Francine.

— ¿No te afecta la plata? —preguntó Mireya.

—Nada afecta a los vampiros —respondió la joven—. Pero personalmente encuentro más bonito el oro.

—Vayan entonces —ordenó Mireya, envolviendo en su fuego a dos guardias que se disponían a disparar contra ella.

—Vamos, las celdas están por acá —indicó Cristina conduciendo a Francine por un pasillo.

—Hija, pensamos que... —dijo la madre de la loba, sin poder terminar su frase por el llanto motivado por la emoción.

—Por favor, apártense —pidió la joven francesa, quien con un golpe de su palma abrió la reja y con sus dedos molió las esposas que sujetaban a los prisioneros.

—Es una amiga —la presentó Cristina—. Ella y otras amigas me han salvado.

—Muchas gracias —la saludó el padre—. Considérate, nuestra amiga.

—Es muy amable, señor —respondió la joven.

— ¡Cuidado! —gritó la madre ante un guardia que les apuntaba.

Sin que lo notaran casi, Francine se puso por delante de ellos, recibiendo varias balas que impactaron en su espalda.

— ¡Francine! —gritó angustiada Cristina.

Como si nada, la joven con rabia se volvió hacia el hombre que acababa de dispararle.

—Haz roto mi chaqueta nueva —le gritó mientras avanzaba hacia él.

Aterrado, el hombre disparó una y otra vez sobre la mujer, sin que las balas pudiesen detenerla.

Cuando estuvo ya junto a él enterró sus garras en sus brazos y, en medio de alaridos del hombre, clavó sus colmillos en su cuello, bebiendo toda su vida.

—Es un vampiro —observó el padre de Cristina.

—Vampiresa —corrigió Francine chupando sus dedos.

Diego y su esposa se hallaban prisioneros en otro pasillo y sus hijos en la celda contigua.

— ¡Abuelo, abuela, tía Cristina! —exclamaron los niños cuando vieron a los demás.

Como si las rejas fueran frágiles y quebradizas, Francine las partió con sus manos y sin ningún esfuerzo rompió los grilletes y esposas de plata que inmovilizaban a los licántropos.

Cuando todos los prisioneros se abrazaban contentos de estar con vida, un guardia apareció por una puerta con su arma lista para abrir fuego. Con un rápido y acrobático salto hacia una de las paredes, la madre de Cristina se impulsó, alejándose de la vista de él y transformándose en el aire, atrapó entre sus mandíbulas la mano armada, antes de que alcanzase a apretar el gatillo.

Con un grito de espanto el hombre vio caer su mano amputada aun empuñando la pistola, mientras la bestia cerraba sus fauces en su rostro.

Chorreando sangre, la loba aulló con una fuerza e intensidad como nunca lo había hecho antes, de tal forma que se escuchó por toda la instalación.

Mientras tanto, la elfa agotó todas sus flechas contra los guardias que intentaron oponerse a ella.

Dos guardias trataron de atrapar a Mireya, pero ésta los repelió con sus manos antes de que pudieran tocarla siquiera. El piso bajo ellos se volvió inconsistente, como si fuese una crema, absorbiendo a uno hasta el pecho y al otro hasta el cuello, para solidificarse después, matándolos instantáneamente.

—Ya está toda mi familia a salvo —informó Cristina a Mireya y a Ethiel, quienes acababan con los últimos guardias sobrevivientes.

—Salgamos de aquí entonces —sugirió Ethiel.

—Esperen, les dejaré un pequeño regalo —respondió Francine, desapareciendo en medio de un fuerte viento y volviendo en cinco segundos.

—Llené de explosivos —dijo risueña.

Todos se miraron angustiados.

—Corramos —ordenó Mireya.

—Pero si tenemos tres minutos —comentó con toda naturalidad la francesa, que solía olvidar que los demás no eran igual de rápidos que ella.

Con los segundos justos, todos lograron salir de las instalaciones de los cazadores, antes de que las bombas estallasen. La detonación fue tremenda, pero afortunadamente las barreras de los cuatro anillos se activaron a tiempo en forma automática, protegiéndoles de su efecto.

...

—Gracias, hermana —expreso sinceramente Diego a Cristina—. Has salvado a toda la manada.

—Es a mis amigas a quienes hay que agradecerles —explicó la joven—. Si no hubiese sido por su tan oportuna intervención, todos nosotros habríamos muerto en manos de esos dementes.

—Es cierto —intervino el padre de Cristina—. Ustedes nos han salvado a todos y les estaremos eternamente agradecidos.

—Eres muy afortunada en contar con amigas tan leales —agregó la esposa de Diego.

—Lo sé —respondió Cristina—. Y siento no haber acudido a ellas desde un principio.

—Descuida, hermana —respondió Mireya.

—Ahora todo está bien —agregó Isabel, quien lucía su forma humana.

...

La luna llena se elevaba en el cielo y la manada formó un círculo en torno a las cuatro amigas, elevando sus voces en un largo aullido al cual se unió Cristina.